

Versaciones de un chupaplumas

Contratar una asistenta

[1]



Que a mi amigo le pareció una decisión muy extraña puesto que, y me lo recordó, yo siempre me había negado a tener a nadie en casa que anduviese husmeando por mis cajones; yo le respondí que reconocía sin el menor empacho que había estado muy equivocado porque desde que ella había tomado las riendas del hogar todo estaba recogido y en orden, y la ropa planchada sin tener que andar ocupándome de llevarla y traerla de la lavandería, y las

comidas a punto y bien condimentadas y, lo más importante de todo, Indalecio y Manolita muy contentos, que se les veía...

— Un momento — me interrumpió él en este punto, alzando una mano; y mirándome con extrañeza — ¿Manolita?, ¿has dicho Manolita?

— Sí — le contesté —, Manolita ¿Es que no te acuerdas de Manolita?

— Pues la verdad es que no — y, en tono algo resentido —: Yo pensaba que teníamos suficiente amistad como para que me hubieses hecho partícipe de algo tan...

— ¡Y te hice partícipe! — Exclamé —, ¿o es que no te conté lo de los expedientes?

— ¡Ah, las petunias! — y rio, contento sin duda de caer en la cuenta de que no, de que la confianza que reinaba entre nosotros no había sido traicionada.

— Sí — repliqué si bien, tras un leve carraspeo por hacerle notar que ciertas inexactitudes me molestan, puntalicé —: pero eran gladiolos.

Y, porque no se crease esa especie de vacío que se produce en las conversaciones cuando alguna de las partes se ve cogida en falta, proseguí, de inmediato y dando a mi voz un tono dinámico:

— El caso es, como te estaba refiriendo, que vino a verme al despacho aquella mañana, bastante temprano; y que Gutiérrez...

— Ramírez — rectifica él.

— No, no — yo —; Gutiérrez, Gutiérrez que había regresado de las vacaciones.

— ¿Tan pronto?

Versaciones de un chupaplumas

Contratar una asistenta

[2]

– ¿Pronto? — Exclamé —; ¿pronto con la cantidad de cosas ocurridas desde que se marchó? ¡Cómo se nota — añadí — que desde que delegaste en mí para ti la vida fluye sin sobresaltos ni quebraderos de cabeza cuando, para mí, en cambio...

– No, hombre, si eso sí; y yo valoro todo tu buen hacer, toda tu dedicación en lo que vale, pero que... bueno, sí, se me ha hecho corto, la verdad... Además — había marcado una breve pausa y, mirándome con los ojos entornados, inquirió —, ¿qué va a pasar ahora con el señor Ramírez, y con los niños y con Camelia y...

– Sonia — rectificó — y, en cuanto al señor Ramírez he de confesarte que dejó de ser un personaje clave en esta historia desde que rompió a hablar...

– ¿Rompió a hablar? — Sorprendidísimo él —, ¿el señor Ramírez padre rompió a hablar?

– Sí — admití, incómodo —; también a mí me resultó desconcertante, tanto que en un principio no supe darme cuenta y seguí atento a las manos del chico; pero fue Celedonia quien...

– ¿Celedonia?

– Sí, su esposa. Yo seguía tomando mis notas en el reverso de unas recetas primero — porque a instancias de Sonia que había protestado de que era un disparate y un desconcierto pretender el llevar todo lo que nos había sucedido aquella noche en la cabeza, pero no teniendo dónde porque con tanto ir y venir y peregrinar por los diferentes Coffee & Shop de la ciudad la carpeta se me había extraviado, le habíamos pedido prestado uno de sus cuadernos al niño mayor pero se negó a que se lo emborrinásemos y tuvimos que echar mano del revés de facturas de gas y de teléfono — y, cuando no quedaban ya facturas ni recetas pero febril yo y emocionado seguía y seguía en, recuerdo, un trozo de papel que sacamos (recuerdo que fue la fisioterapeuta, tal vez porque son personas que han de saber reaccionar, como todos los sanitarios, ante cualquier tipo de emergencia) de entre las páginas de Nadie debería morir, de Frank G. Slaughter, fue cuando ella dijo “no se esfuerce, no hace falta que siga disimulando” y que, bueno, había que resignarse y admitirlo porque así eran las cosas pero, y déjame que te termine de contar — le dije yo a él (no a Celedonia) —, que me estás interrumpiendo todo el rato y así no hay manera de llevar el hilo, lo de la visita de aquella mañana y lo del móvil.

Versaciones de un chupaplumas

Contratar una asistenta

[3]

– Está bien. Termina de contarme lo que quieras, pero que pongas punto final a la buena relación que habías entablado con esa familia y habiendo, además, progresado tanto en lo de la papiroflexia que hay que ver lo bonita que te quedó la grulla que me regalaste para mi sobrin...

– Ya, sí, la grulla y el brontosaurio, que me salió también precioso. Pero ella vino a verme aquella mañana con el móvil...

– ¿Camelia?

– No sé qué te pasa hoy — recuerdo que terminé quejándome — pero te noto como que no te centras; habíamos quedado en que era Sonia. Pero no — y que a ver si por favor le quedaba claro, que ya estaba bien —; era Lola.

Esta vez no abrió la boca y le pude referir por fin cómo vino aquella mañana, con su móvil y sus tacones y sus guantes y cómo, una vez estuve yo plenamente convencido de que era una persona de toda confianza me refirió, ella a mí, aunque de forma bastante resumida porque como todo le resultaba tan doloroso no quería entrar mucho en detalles para no deprimirse, la triste historia¹ de todos sus avatares tanto financieros como familiares con lo del chico, primero...

– Que yo he llegado a pensar — interrumpo esta vez yo, yo mismo mi relato para confiar a mi amigo la sensación de que tal vez a causa de no resueltos ni olvidados sentimientos de culpa es por lo que... —; vamos, que tengo la sensación a veces de que aquella escena tan dramática tiene una estrecha vinculación con el cariño que le tiene, aunque a Indalecio también, desde luego, pero sobre todo a Manolita.

– Ya — replica él, y objeta —: aunque yo ese tema no lo tocaría, porque el drama psicológico es un terreno muy delicado en el que no sé yo si tú...

– No, bueno; si no es tampoco que fuera a entrar en materia como si dijéramos a saco; pero sí podría contarte que se enjugó una lágrima, y que se presionó afligida con un kleenex la punta de la nariz, y que pronunció con voz entrecortada palabras sueltas como “animalito” o “tenedor” o “ventana”.

– Que no, que no — él —; que lo veo yo, por lo que me cuentas, bastante rocambolesco y bastante increíble como para...

¹ Tengo que acordarme de borrar la anotación que me hice en rojo, porque ya estoy desarrollando la historia.

Versaciones de un chupaplumas

Contratar una asistenta

[4]

– ¿Estás queriendo insinuar que quizás ella miente?

– Oh, no miente; seguro que no miente. No seas suspicaz ni te molestes, pero, pienso, sería un relato que estaría muy mediatizado por sus emociones, por la forma inevitablemente subjetiva que todos, sin excepción, tenemos de vivir nuestros propios recuerdos.

– Está bien — concedo — pero, para ir terminando y no dejarnos esto a medias, te diré que en los problemas financieros tuvo poco que ver la subjetividad; es un hecho objetivo que con la crisis del ladrillo de principios de siglo las agencias inmobiliarias se fueron casi todas al traste y, ella, pese a ser una persona culta y preparada no lo estaba para ninguna otra actividad que aquella a la que se venía dedicando desde que, siendo muy joven, había abierto aquel negocio que por entonces resultaba tan... prometedor.

– Y por eso — concluye — ahora te plancha las camisas y te tiene ordenados los cajones.

– Y adora a Indalecio y a Manolita, aunque a veces, porque nadie es perfecto, se le pegan las lentejas.